

BILL CLINTON y JAMES PATTERSON

EL PRESIDENTE
HA DESAPARECIDO

Traducción de
Pilar de la Peña Minguell,
María José Díez Pérez
y Julio Hermoso

Círculo de Lectores

Queremos enviar un agradecimiento especial a Robert Barnett, nuestro abogado y amigo, que nos convenció para que escribiéramos juntos esta novela, nos ha aconsejado, engatusado y, de vez en cuando, amenazado con sacar el látigo.

Gracias también a David Ellis, siempre paciente, siempre sabio, que se mantuvo a nuestro lado durante la investigación, el primer y segundo esbozo y los múltiples borradores. Esta historia no sería lo que es sin la ayuda e inspiración de David.

A Hillary Clinton, que ha convivido con esta amenaza y se ha enfrentado a ella y a las consecuencias de las advertencias desoídas, por su incesante apoyo y su empeño en que se ajustara a la realidad.

A Sue Solie Patterson, que ha aprendido el arte de la crítica y del estímulo positivo, a menudo simultáneos.

A Mary Jordan, que es capaz de mantener la cabeza en su sitio cuando todos los demás la pierden.

A Deneen Howell y Michael O'Connor, que se encargan de que respetemos contratos, plazos y normas.

A Tina Flournoy y Steve Rinehart, por ayudar al socio novato a cumplir su parte del acuerdo.

Y a los hombres y mujeres del servicio secreto de Estados Unidos y a todos los miembros de los cuerpos de seguridad, del ejército, del servicio de inteligencia y del cuerpo diplomático, que dedican su vida a mantenernos seguros y a salvo a los demás.

JUEVES 10 DE MAYO

—Se abre la sesión de la comisión de investigación de la Cámara...

Los tiburones dan vueltas en círculo, excitados por el olor de la sangre. Son trece, para ser exactos, ocho de la oposición y cinco de mi partido, para enfrentarme a los cuales he estado organizando mi defensa con abogados y asesores. He aprendido por las malas que, por muy preparado que estés, ante un depredador, pocas defensas valen. Llega un momento en que no te queda otra que entrar al trapo y contraatacar.

«No lo haga, señor —volvió a suplicarme anoche mi jefa de gabinete, Carolyn Brock, como lo ha hecho ya tantas veces—. No acuda a la vista oral de esa comisión. Tiene todas las de perder.

»No puede responder a sus preguntas, señor.

»Será el fin de su presidencia.»

Exploro los trece rostros que tengo enfrente, sentados en una fila interminable, como una moderna Inquisición española. El hombre de pelo cano instalado en el centro, detrás de una placa que reza SR. RHODES, se aclara la garganta.

Lester Rhodes, presidente de la Cámara, no suele participar en las vistas de la comisión, pero esta vez ha hecho

una excepción y ha llenado su lado del pasillo de miembros del Congreso cuyo objetivo principal en la vida parece ser sabotear mi agenda y destrozarme, política y personalmente. La brutalidad en la conquista del poder es más antigua que la Biblia, pero algunos de mis rivales me odian a muerte. No les basta con hacerme perder el cargo. No se darán por satisfechos hasta que me metan en la cárcel, me destripen y me descuarticen, y me borren de los libros de historia. Dios, si por ellos fuera, prenderían fuego a mi casa de Carolina del Norte y escupirían sobre la tumba de mi esposa.

Estiro del todo el soporte flexible del micrófono para acercármelo a la boca. No quiero inclinarme para hablar mientras los miembros de la comisión están erguidos en sus sillones de piel como reyes y reinas en sus tronos. Inclinado parecería débil, sumiso, y daría la impresión de que me encuentro a su merced.

Estoy solo en mi sitio. Sin asesores, ni abogados, ni apuntes. El pueblo estadounidense no me va a ver cuchicheando con ningún letrado, ni tapando el micro con la mano y destapándolo después para declarar: «No tengo un recuerdo específico de eso, congresista». No me escondo. No tendría que estar aquí y, desde luego, no me apetece nada estar aquí, pero estoy. Yo solo. El presidente de Estados Unidos frente a una turba de acusadores.

En un rincón de la sala se encuentra el triunvirato de mis colaboradores más cercanos: la jefa de gabinete, Carolyn Brock; Danny Akers, amigo de toda la vida y consejero de la Casa Blanca; y Jenny Brickman, subjefa de gabinete y mi principal asesora política. Todos ellos estoicos, impasibles, preocupados. Ninguno quería que hiciese esto. Los

tres pensaban que iba a cometer el mayor error de mi presidencia.

Pero aquí estoy. Ha llegado el momento. Ahora sabemos si estaban en lo cierto.

—Señor presidente...

—Señor presidente de la Cámara...

En teoría, en este contexto, debería llamarlo «señor portavoz», claro que lo llamaría muchas otras cosas, pero no voy a hacerlo.

Esto podría empezar de muy distintas maneras: con un discurso de autobombo disfrazado de pregunta del presidente de la Cámara, con unas discretas preguntas introductorias... Pero he visto suficientes vídeos de Lester Rhodes interrogando a testigos antes de que fuese presidente, cuando era un congresista más de la comisión de supervisión de la Cámara, para saber que suele empezar fuerte, ir directo a la yugular, desconcertar al testigo. Es consciente —lo es todo el mundo desde que, en el debate presidencial de 1988, Michael Dukakis dio una respuesta poco convincente a la primera pregunta sobre la pena de muerte—, es consciente de que, si das el mazazo al principio, nadie recuerda nada más.

¿Seguirá el mismo plan de ataque con un presidente en activo?

Pues claro que sí.

—Presidente Duncan —empieza—, ¿desde cuándo nos dedicamos a proteger a terroristas?

—No lo hacemos —contesto tan rápido que casi no lo dejo terminar de hablar, porque no se puede dar pábulo a una pregunta así—. Ni lo haremos jamás. Al menos mientras yo sea presidente.

—¿Está seguro de eso?

—¿He oído bien? Se me enciende la cara. No ha pasado ni un minuto y ya ha conseguido irritarme.

—Señor presidente de la Cámara —contesto—, si lo digo es porque lo creo así. Que quede claro desde el principio. No nos dedicamos a proteger a terroristas.

Hace una pausa después de ese recordatorio.

—Bueno, señor presidente, a lo mejor se trata de una sutileza lingüística. ¿Considera usted a los Hijos de la Yihad una organización terrorista?

—Por supuesto.

Mis asesores me han aconsejado que no diga «Por supuesto»; puede sonar pretencioso y condescendiente si no se emplea en el momento oportuno.

—Y ese grupo ha recibido el apoyo de Rusia, ¿no es así?

Asiento con la cabeza.

—Rusia ha ofrecido apoyo ocasional a los Hijos de la Yihad, sí. Y nosotros hemos condenado ese apoyo a este grupo y a otras organizaciones terroristas.

—Los Hijos de la Yihad han cometido atentados en tres continentes, ¿correcto?

—Ésta es una afirmación acertada, sí.

—¿Son responsables de la muerte de miles de personas?

—Sí.

—¿Ciudadanos estadounidenses entre ellos?

—Sí.

—¿De las explosiones del hotel Bellwood Arms de Bruselas, donde fallecieron cincuenta y siete personas, incluida una delegación de legisladores de California? ¿Del piraterío del sistema de control del tráfico aéreo de la República

de Georgia que hizo caer a tres aviones, uno de los cuales trasladaba al embajador georgiano a Estados Unidos?

—Sí —digo—. Ambos atentados ocurrieron antes de que yo fuera presidente, pero, sí, los Hijos de la Yihad reivindicaron los dos...

—De acuerdo, entonces hablemos de lo sucedido desde que usted es presidente. ¿No es cierto que, hace sólo unos meses, los Hijos de la Yihad piratearon los sistemas militares israelíes e hicieron pública información clasificada sobre operativos y movimientos de tropas secretos?

—Sí, es cierto —contesto.

—Y mucho más cerca de aquí, en la vecina Canadá —prosigue—, la semana pasada sin ir más lejos, el viernes 4 de mayo, ¿no piratearon los Hijos de la Yihad los ordenadores que controlan el metro de Toronto para apagarlos, con lo que causaron un descarrilamiento en el que fallecieron diecisiete personas, hubo decenas de heridos y miles de viajeros quedaron atrapados en la oscuridad durante horas?

Es cierto que aquello también fue obra de los Hijos de la Yihad, y su recuento de víctimas es exacto, pero la organización terrorista no lo consideró un atentado, sino un ensayo.

—Cuatro de las personas fallecidas en Toronto eran estadounidenses, ¿correcto?

—Correcto —digo—. Los Hijos de la Yihad no reivindicaron ese atentado, pero creemos que fue obra suya.

Asiente, consulta sus apuntes.

—El líder de los Hijos de la Yihad, señor presidente, es un hombre llamado Sulimán Cindoruk, ¿es así?

Ya empezamos.

—Sí, Sulimán Cindoruk es el líder de los Hijos de la Yihad —digo.

—El ciberterrorista más peligroso y activo del mundo, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

—Un musulmán nacido en Turquía, ¿correcto?

—Nació en Turquía, pero no es musulmán —le corrijo—. Es un nacionalista extremo laico que se opone a la influencia de Occidente en Europa central y del sudeste. Su «yihad» no tiene nada que ver con la religión.

—Eso es lo que dice usted.

—Eso es lo que dicen todos los informes de inteligencia que he leído hasta la fecha —contesto—, y usted también, señor presidente de la Cámara. Si quiere convertir esto en una diatriba islamofóbica, adelante, pero con eso no conseguirá que nuestro país esté más seguro.

Logra esbozar una sonrisa burlona.

—En cualquier caso, es el terrorista más buscado del mundo, ¿cierto?

—Queremos atraparlo —digo—. Queremos atrapar a cualquier terrorista que intente hacer daño a nuestra nación.

Hace una pausa. No tiene claro si volver a preguntarme: «¿Está seguro de eso?». Como lo haga, me va a costar una barbaridad no volcar esta mesa y agarrarlo por el cuello.

—Entonces, para que quede claro —prosigue—: Estados Unidos quiere capturar a Sulimán Cindoruk.

—No es necesario aclararlo —le suelto—. Nunca ha habido ninguna confusión al respecto. Jamás. Llevamos diez años persiguiendo a Sulimán Cindoruk. Y no pararemos hasta que lo atrapemos. ¿Le queda lo bastante claro a usted?

—Señor presidente, con el debido respeto...

—No —lo interrumpo—. Si empieza la frase así, es porque lo que va a decirme no es nada respetuoso. Piense lo que quiera, señor presidente de la Cámara, pero sea respetuoso, si no conmigo, al menos con las demás personas que dedican su vida a acabar con el terrorismo y a mantener a salvo nuestro país. No somos perfectos, ni lo seremos jamás, pero nunca vamos a dejar de hacer todo lo que esté en nuestra mano. Adelante, haga la pregunta —añado, con un gesto de desdén.

Acelerado, tomo aire y miro de reojo a mi trío de colaboradores. Jenny, mi asesora política, cabecea afirmativamente; siempre ha querido que fuera más agresivo con el nuevo presidente de la Cámara. Danny se muestra impasible. Carolyn, mi sensata jefa de gabinete, está inclinada hacia delante, con los codos clavados en las rodillas, las manos cruzadas bajo la barbilla. Si fueran jueces olímpicos, Jenny me daría un nueve por ese exabrupto, pero Carolyn no me concedería ni un cinco.

—No voy a tolerar que cuestione mi patriotismo, señor presidente —dice mi canoso adversario—. El pueblo estadounidense está muy preocupado por lo sucedido en Argelia la semana pasada, y aún no hemos hablado de eso. Los ciudadanos de esta nación tienen derecho a saber de qué lado está usted.

—¿De qué lado estoy?! —espeto tan bruscamente que casi tiro el micrófono de la mesa—. Estoy del lado del pueblo estadounidense, ¡de ese lado estoy!

—Señor pres...

—Estoy del lado de los que trabajan las veinticuatro horas del día por la seguridad de nuestro país, de los que no piensan en postueros y a los que no les importa en qué di-

rección soplen los vientos políticos, de los que no buscan el reconocimiento de sus triunfos ni pueden defenderse cuando se les critica. De ese lado estoy.

—Presidente Duncan, yo apoyo incondicionalmente a los hombres y las mujeres que luchan a diario por mantener a salvo nuestra nación —dice—. Esto no es por ellos. Esto es por usted, señor. Aquí no estamos jugando a nada. Yo no obtengo ninguna satisfacción de todo esto.

En otras circunstancias me habría reído. Lester Rhodes esperaba la vista de la comisión de investigación con más ilusión que un universitario su vigésimo primer cumpleaños.

Todo esto es un paripé. El presidente de la Cámara ha orquestado esta comisión para que sólo pueda terminar de un modo: con el descubrimiento de suficiente falta de ética presidencial para derivar el asunto a la comisión judicial de la Cámara y que ésta inicie el proceso de destitución. Los ocho miembros del Congreso que están de su parte se encuentran en distritos seguros, manipulados con tanto descaro que seguramente podrían bajarse los pantalones en plena sesión y empezar a chuparse el pulgar y no sólo los reelegirían dentro de dos años, sino que, además, nadie se opondría a su candidatura.

Mis colaboradores tienen razón: da igual que las pruebas contra mí sean convincentes, no convincentes o inexistentes; la suerte está echada.

—Haga sus preguntas —digo—. Terminemos ya con esta farsa.

En el rincón, Danny Akers tuerce el gesto y le susurra algo a Carolyn, que asiente pero mantiene su cara de circunstancias. A Danny no le ha gustado que hable de farsa,

ni le agradan mis salidas de tono. Me ha dicho más de una vez que lo que he hecho «pinta mal, muy mal» y que es motivo suficiente para una investigación del Congreso.

En eso no se equivoca. Pero no conoce la historia completa. No dispone de la habilitación de seguridad necesaria para saber lo que yo sé, lo que sabe Carolyn. Si así fuera, lo vería de otro modo. Estaría al tanto de la amenaza a que se enfrenta nuestro país, una amenaza de proporciones inusitadas para nosotros hasta la fecha.

Una amenaza que me ha llevado a hacer cosas que jamás pensé que haría.

—Señor presidente, ¿llamó usted a Sulimán Cindoruk el domingo 29 de abril del año en curso, hace algo más de una semana? ¿Se puso o no en contacto telefónico con el terrorista más buscado del mundo?

—Señor presidente de la Cámara —digo—, como he declarado en numerosas ocasiones, y como usted debería saber ya, no todo lo que hacemos para mantener a salvo nuestro país puede ser del dominio público. El pueblo estadounidense comprende que en el mantenimiento de la seguridad de la nación y en la resolución de cuestiones internacionales intervienen muchos agentes, que se realizan muchas operaciones complejas y que parte de la labor de mi administración debe ser material clasificado. No porque queramos mantenerlo en secreto, sino porque debemos hacerlo. Para eso está el privilegio ejecutivo.

Rhodes probablemente me rebatirá la aplicabilidad del privilegio ejecutivo a material clasificado, pero Danny Akers, mi asesor, dice que ganaré esa batalla porque se trata de la autoridad que me otorga la Constitución en asuntos exteriores.

De todas formas, se me encoge el estómago al pronunciar esas palabras, pero, según Danny, no invocar el privilegio implicaría renunciar a él. Y, al renunciar a él, tendría que responder a la pregunta de si llamé por teléfono a Sulimán Cindoruk, el terrorista más buscado del mundo, hace dos domingos.

Y ésta es una pregunta que no voy a contestar.

—Bueno, señor presidente, no sé si el pueblo estadounidense consideraría válida esa respuesta.

«Bueno, yo tampoco sé si el pueblo estadounidense lo consideraría válido a usted, claro que no ha sido el pueblo estadounidense quien lo ha elegido presidente de la Cámara, ¿verdad? Consiguí ochenta mil miserables votos en el tercer distrito congresual de Indiana. Yo obtuve sesenta y cuatro millones de votos. Pero sus colegas de partido lo hicieron líder porque recaudó muchísimo dinero para ellos y les prometió mi cabeza en una pica.»

Eso no quedaría muy bien en televisión.

—Entonces no niega haber llamado por teléfono a Sulimán Cindoruk el 29 de abril, ¿me equivoco?

—Ya he respondido a su pregunta.

—No, señor presidente, no lo ha hecho. ¿Sabe usted que el diario francés *Le Monde* ha publicado unos registros de llamadas filtrados, junto con declaraciones de una fuente anónima, que indican que llamó usted a Sulimán Cindoruk el domingo 29 de abril del año en curso y habló con él? ¿Lo sabe?

—He leído el artículo —contesto.

—¿Lo niega?

—Le digo lo mismo que antes. No voy a hablar de ese asunto. No voy a entrar en su juego de si hice o no hice esa

llamada. Ni confirmo ni desmiento, ni siquiera comento las medidas que he tomado para mantener a salvo nuestro país. Menos aún cuando se me exige que las mantenga en secreto en pro de la seguridad nacional.

—Bueno, señor presidente, si uno de los diarios de mayor tirada de Europa lo publica, dudo que siga siendo un secreto.

—Mi respuesta es la misma —digo.

Dios, parezco imbécil. Peor aún: parezco un abogado.

—*Le Monde* informa de lo siguiente —dice, sosteniendo en alto el periódico—: «El presidente de Estados Unidos, Jonathan Duncan, organizó y tomó parte en una conversación telefónica con Sulimán Cindoruk, líder de los Hijos de la Yihad y uno de los terroristas más buscados del mundo, con el fin de hallar una vía de consenso entre la organización terrorista y Occidente». ¿Lo niega, señor presidente?

No puedo contestar, y lo sabe. Está jugando conmigo como un gatito con su madeja de lana.

—Ya he respondido —digo—. No voy a repetirme.

—La Casa Blanca no ha comentado en ningún momento ese artículo de *Le Monde*, ni en un sentido ni en otro.

—Correcto.

—Pero Sulimán Cindoruk sí, ¿verdad? Ha hecho público un vídeo en el que dice: «El presidente puede suplicar clemencia todo lo que quiera. No seré compasivo con los estadounidenses». ¿No es eso lo que ha dicho?

—Eso es lo que ha dicho.

—En respuesta, la Casa Blanca ha publicado unas declaraciones en las que afirma que «Estados Unidos no responderá a los atroces insultos de un terrorista».

—Eso es —digo—. No lo haremos.

—¿Le ha suplicado clemencia, señor presidente?

Mi asesora política, Jenny Brickman, está a punto de tirarse de los pelos. Tampoco ella tiene la habilitación de seguridad necesaria ni conoce toda la historia, pero su principal preocupación es que quiere que dé la imagen de luchador en esta vista. «Si no va a poder defenderse, no vaya —me ha dicho—. Se convertirá en su piñata política.»

Y tiene razón. En estos momentos, le toca a Lester Rhodes ponerse una venda en los ojos, sacudirme con un palo y esperar a que broten de mi torso un montón de información clasificada y pifias políticas.

—Niega usted con la cabeza, señor presidente. Para que quede claro: ¿está negando que ha suplicado clemencia a Sulimán Cindo...?

—Estados Unidos jamás suplicará nada a nadie —digo.

—De acuerdo, entonces desmiente la afirmación de Sulimán Cindoruk de que suplicó...

—Repito: Estados Unidos jamás suplicará nada a nadie. ¿Queda claro, señor presidente de la Cámara? ¿Quiere que se lo repita?

—Bueno, si no le ha suplicado...

—Siguiente pregunta —digo.

—¿Le ha pedido amablemente que no nos ataque?

—Siguiente pregunta —vuelvo a decir.

Hace una pausa, repasa sus apuntes.

—Se me agota el tiempo —advierte—. Me quedan ya pocas preguntas.

Uno menos, o casi, pero aún tienen que interrogarme otras doce personas, todas ellas cargadas de frases ingeniosas, comentarios agudos y preguntas capciosas.

El presidente de la Cámara es conocido tanto por sus primeras preguntas como por las últimas. En cualquier caso, ya sé lo que va a decir. Y él sabe que no voy a poder contestar.

—Señor presidente, hablemos del martes 1 de mayo, en Argelia. —De eso hace poco más de una semana—. El martes 1 de mayo —prosigue—, un grupo de separatistas proucranianos y antirrusos asaltó una granja en el norte de Argelia donde se creía que se ocultaba Sulimán Cindoruk. Y, de hecho, así era. Lo habían localizado y se habían desplazado a la granja con la intención de asesinarlo. Pero un equipo conjunto de efectivos de las Fuerzas Especiales y de la CIA les desbarató el operativo y Sulimán Cindoruk consiguió escapar. —Me quedo completamente inmóvil—. ¿Ordenó usted ese contraataque, señor presidente? —pregunta—. Y si lo hizo, ¿por qué? ¿Por qué razón iba a enviar un presidente de Estados Unidos fuerzas militares estadounidenses para salvarle la vida a un terrorista?

—La mesa identifica al caballero de Ohio como señor Kearns.

Me pellizco el puente de la nariz y procuro ignorar la fatiga que empiezo a acusar. No he dormido más que un puñado de horas en la última semana y la gimnasia mental que tengo que hacer para defenderme con una mano atada a la espalda es agotadora. Pero, sobre todo, estoy contrariado. Tengo cosas que hacer. No dispongo de tiempo para esto.

Miro a la izquierda; el jurado está a la derecha. Mike Kearns es el presidente de la comisión judicial de la Cámara y el protegido de Lester Rhodes. Le gusta llevar pajarita para que todos sepamos lo inteligente que es. Yo he visto pósts de mayor complejidad.

Pero el tío sabe hacer preguntas. Antes de entrar en el ruedo de la política, fue fiscal federal durante muchos años. Entre los trofeos que cuelgan de las paredes de su despacho se encuentran las cabezas de dos directivos de la industria farmacéutica y de un exgobernador.

—Coincidirá conmigo, señor presidente, en que impedir el terrorismo es decisivo para la seguridad nacional...

—Completamente.

—Entonces también estará de acuerdo en que cualquier ciudadano estadounidense que interfiera en nuestras posibilidades de impedir el terrorismo sería culpable de traición...

—Yo condenaría un acto de esa naturaleza —digo.

—¿Sería un delito de traición?

—Eso es algo que deben decidir los abogados y los tribunales.

Los dos somos abogados, pero mi postura ha quedado clara.

—¿Sería motivo de destitución para un presidente su interferencia en la lucha contra el terrorismo?

Gerald Ford dijo una vez que es motivo de destitución lo que diga la mayoría de la Cámara de Representantes.

—Eso no depende de mí —contesto.

Asiente con la cabeza.

—No, no depende de usted. Antes se ha negado a confirmar si ordenó que un equipo conjunto de las Fuerzas Especiales y la CIA impidiera un ataque a Sulimán Cindoruk en Argelia.

—Ya he dicho, señor Kearns, que algunas cuestiones de seguridad nacional no pueden debatirse públicamente.

—Según *The New York Times*, se sirvió usted de información clasificada que revelaba que esa milicia antirrusa había localizado a Sulimán Cindoruk y estaba a punto de asesinarlo.

—Lo leí, sí. No voy a discutirlo.

Tarde o temprano, todo presidente debe afrontar decisiones cuya primera opción significaría hacer mala política, al menos a corto plazo. Si es mucho lo que está en juego, uno debe hacer lo que cree correcto y confiar en que cambie la marea. Es lo que un presidente promete hacer.

—Señor presidente, ¿conoce el artículo 18 de la sección 798 del Código de Estados Unidos?

—No me sé de memoria todos los apartados del Código de Estados Unidos, señor Kearns, pero supongo que se refiere a la Ley de Espionaje.

—Usted lo ha dicho, señor presidente. Contempla el uso indebido de información clasificada. La parte que nos atañe señala que el empleo deliberado de información clasificada de forma que resulte perjudicial para la seguridad y los intereses de Estados Unidos constituye un delito federal, ¿no es así?

—Estoy seguro de que lo ha leído usted correctamente, señor Kearns.

—Si el presidente utilizara deliberadamente información clasificada para proteger a un terrorista empeñado en atacarnos, ¿se le aplicaría esta ley?

No, según mis asesores, que afirman que esa sección no podría aplicarse al presidente, que constituiría una interpretación novedosa de la Ley de Espionaje y que un presidente puede desclasificar toda la información que quiera.

Pero eso da igual. Aunque optara por entrar en un debate jurídico-semántico sobre el alcance de la ley federal, algo que no voy a hacer, pueden destituirme por cualquier otra cosa que se les antoje. No hace falta que sea delito.

Todo lo que he hecho lo he hecho para proteger a mi país. Y volvería a hacerlo. El problema es que no puedo desvelar nada de eso.

—Sólo puedo decir que siempre he actuado pensando en la seguridad de mi país. Y seguiré haciéndolo.

Veo a Carolyn en el rincón, mirando la pantalla del móvil, escribiendo. Mantengo el contacto visual por si tengo

que dejarlo todo e intervenir. ¿Algo relacionado con el general Burke, del Mando Central? ¿Con el subsecretario de Defensa? ¿Con el Equipo de Actuación ante Amenazas Inminentes? Tenemos muchos frentes abiertos ahora mismo, por la necesidad de controlar esta amenaza y defendernos de ella. Podrían tirarnos el otro zapato en cualquier momento. Pensamos que aún disponemos de otro día, o eso esperamos. Pero lo único seguro es que no hay nada seguro. Hay que estar preparado en todo momento, ahora mismo, por si...

—¿Llamar a los líderes del Estado Islámico es proteger a nuestro país?

—¿Qué? —digo, centrándome de nuevo en la vista—. ¿De qué está hablando? Yo jamás he llamado a los líderes del Estado Islámico. ¿Qué tiene que ver el Estado Islámico con todo esto?

Antes de completar mi respuesta, me doy cuenta de lo que he hecho. Ojalá pudiera alargar la mano, atrapar las palabras que acabo de decir y volver a metérmelas en la boca. Pero es demasiado tarde. Me ha pillado distraído.

—Ah —dice—, así que, si le pregunto si ha llamado a los líderes del Estado Islámico, contesta que no, rotundamente, pero cuando el presidente de la Cámara le pregunta si ha llamado a Sulimán Cindoruk, se acoge al «privilegio ejecutivo». Creo que el pueblo estadounidense sabrá ver la diferencia.

Resoplo y miro de reojo a Carolyn Brock, que se mantiene impassible, aunque detecto en sus ojos entornados un «Se lo advertí».

—Congresista Kearns, estamos tratando una cuestión de seguridad nacional, no jugando al pillapilla. Éste es un

asunto serio. Cuando me haga preguntas serias, contestaré encantado.

—Un compatriota murió en ese conflicto de Argelia, señor presidente. Un agente de la CIA llamado Nathan Cromartie falleció cuando intentaba impedir que la milicia antirrusa matase a Sulimán Cindoruk. Creo que para el pueblo estadounidense eso es algo serio.

—Nathan Cromartie se comportó como un héroe —digo—. Lamentamos su pérdida. Lamento su pérdida.

—¿Ha oído lo que ha dicho su madre al respecto? —pregunta.

Lo he oído. Todos lo hemos hecho. Tras lo ocurrido en Argelia, no desvelamos nada. No podíamos. Pero la milicia publicó en internet un vídeo del estadounidense fallecido y Clara Cromartie no tardó en identificar en él a su hijo, Nathan. Además, desveló que era agente de la CIA. Un error descomunal que nos ha salpicado a todos. Los medios acudieron de inmediato a ella y, en cuestión de horas, exigía saber por qué su hijo había tenido que morir por proteger a un terrorista responsable de la muerte de cientos de inocentes, entre ellos muchos estadounidenses. Presa del dolor y de la pena, prácticamente escribió el guion de la vista oral del comité de investigación.

—¿No cree que le debe una explicación a la familia Cromartie, señor presidente?

—Nathan Cromartie se comportó como un héroe —repite—. Como un patriota. Y entendía como cualquiera que buena parte de lo que hacemos en pro de la seguridad nacional no puede debatirse públicamente. He hablado en privado con la señora Cromartie y lamento muchísimo lo

que le ocurrió a su hijo. Me abstengo de comentar nada más. No puedo, y no voy a hacerlo.

—Bueno, *a posteriori*, ¿no le parece que su empeño en negociar con terroristas no ha funcionado muy bien?

—Yo no negocio con terroristas.

—Póngale el nombre que quiera —dice—: llamarlos, dialogar con ellos, mimarlos...

—Yo no mimo...

Parpadean las luces del techo, dos cortes rápidos. Se oyen algunas protestas y Carolyn Brock se yergue en el asiento y toma nota mental.

El congresista aprovecha la coyuntura para saltar a otra pregunta.

—No es ningún secreto, señor presidente, que antepone el diálogo a las demostraciones de fuerza, que preferiría resolver verbalmente sus diferencias con los terroristas.

—No —respondo con contundencia, y me noto el pulso en las sienes, porque ésa es la clase de simplificación que resume todos los errores de nuestra política—. Lo que he dicho en repetidas ocasiones es que siempre hay un modo pacífico de resolver un conflicto y que ese modo pacífico es preferible. Entablar un diálogo no es rendirse. ¿Hemos venido a hablar de política exterior, congresista? No querría interrumpir esta caza de brujas con un debate sesudo.

Echo un vistazo al rincón de la sala y veo a Carolyn Brock hacer una mueca, algo inusual en su semblante impassible.

—Lo que para usted es entablar un diálogo con el enemigo, señor presidente, para otros es mimarlo.

—Yo no «mimo» a nuestros enemigos —replico—. Ni renuncio al empleo de la fuerza en el trato con ellos. La

fuerza siempre es una opción, pero no voy a usarla salvo que lo considere necesario. A lo mejor a un niño pijo y consentido que se ha pasado la vida vaciando barriles de cerveza, organizando novatadas en una hermandad universitaria secreta y llamando a todo el mundo por la inicial de su nombre le cuesta entenderlo, pero yo me he enfrentado al enemigo cara a cara en un campo de batalla. Me lo pensaré dos veces antes de enviar a nuestros hijos e hijas a la guerra, porque yo fui uno de esos hijos y conozco sus peligros.

Jenny se inclina hacia delante, a la expectativa, deseando, como siempre, que me explique con los pormenores de mis años de servicio. «Hábleles de sus misiones. Hábleles de cuando fue prisionero de guerra. Hábleles de las heridas, de la tortura.» Fue una lucha interminable durante la campaña presidencial, uno de los elementos de mi candidatura que dio mejores resultados. Si hubiera sido por mis asesores, no habría hablado de nada más. Pero no cedí. Hay cosas que es mejor callar.

—¿Ha terminado, señor pres...?

—No, no he terminado. Ya expliqué todo esto en su momento a los líderes de la Cámara, a su presidente y a otros. Les dije que no podía celebrar esta vista. Podían haber dicho: «De acuerdo, señor presidente, nosotros también somos patriotas y respetamos lo que está haciendo, aunque no pueda contárnoslo todo». Pero no fue así, ¿verdad? No podían dejar pasar la ocasión de ponerme en tela de juicio y anotarse unos tantos. Así que permítame que diga en público lo que les he contado en privado. No voy a responder a preguntas concretas sobre las conversaciones que he mantenido o las medidas que he tomado, porque

son peligrosas. Constituyen una amenaza para la seguridad nacional. Si tengo que perder mi cargo por proteger a esta nación, lo haré. Pero no se equivoquen: jamás he tomado una sola medida ni pronunciado una sola palabra sin tener presente por encima de todo la seguridad y la protección de Estados Unidos. Y nunca lo haré.

A mi interpelante no lo desalientan en absoluto los insultos que le he dedicado. Sin duda lo envalentona que sus preguntas hayan logrado irritarme. Vuelve a consultar sus apuntes, su relación de preguntas y subpreguntas mientras yo procuro sosegarme.

—¿Cuál es la decisión más difícil que ha tomado esta semana, señor Kearns? ¿Qué pajarita ponerse para la vista? ¿De qué lado peinarse los cuatro pelos de esa ridícula cortinilla con la que no engaña a nadie?

»Yo, últimamente, paso casi todo el tiempo intentando mantener a salvo este país. Eso conlleva decisiones difíciles. A veces hay que tomarlas, aunque existan muchas incógnitas. A veces todas las opciones son una mierda y tengo que elegir la menos mierdosa de todas. Como es lógico, me pregunto si habré obrado bien y si mi decisión dará resultado. Así que lo hago lo mejor que puedo. Y me atengo a las consecuencias.

»Eso significa que también debo aceptar las críticas, aunque vengan de un politicastro oportunista que ha decidido mover ficha sin saber cómo va la partida y darle la vuelta después a esa jugada ignorando por completo el peligro en el que podría estar poniendo a nuestra nación.

»Señor Kearns, me encantaría seguir comentando con usted todas las medidas que he tomado, pero existen consideraciones de seguridad que me lo impiden. Sé que lo

sabe, por supuesto, pero también sé que cuesta no atacar a un blanco tan fácil.

En el rincón, Danny Akers pide tiempo con las manos.

—Sí, ¿sabes qué? Que tienes razón, Danny. Ya es hora. Ya está. Se acabó. Hemos terminado con esto.

Me levanto tan bruscamente que tiro el micrófono de la mesa y vuelco la silla.

—Lo pillo, Carrie. Es mala idea testificar. Me van a hacer pedazos. Lo pillo.

Carolyn Brock se pone en pie, se estira el traje.

—Bueno, gracias a todos. Desalojad la sala y dejadnos a solas, por favor.

«La sala» es el Salón Roosevelt, enfrente del Despacho Oval. Un buen sitio para celebrar una reunión o, en este caso, un simulacro de vista oral de la comisión, porque en ella están el retrato de Teddy Roosevelt a caballo en su uniforme Rough Rider, y el Premio Nobel de la Paz que le concedieron por resolver el conflicto bélico entre Japón y Rusia. La estancia no tiene ventanas y las puertas se pueden blindar fácilmente.

Se levantan todos. Mi secretario de prensa se quita la pajarita, un detalle curioso de su propia ocurrencia con el que ha querido complementar su papel de congresista Kearns. Me mira como disculpándose, pero yo lo tranquilizo con un gesto despreocupado. Sólo ha interpretado su papel, procurando presentarme el peor escenario posible en caso de que lleve adelante mi decisión de testificar la próxima semana ante el comité de investigación.

Uno de mis abogados de la Casa Blanca, que hoy ha interpretado el papel de Lester Rhodes e incluso se ha puesto una peluca cana con la que se parece más a Anderson

Cooper que al presidente de la Cámara, me mira también como avergonzado y yo lo tranquilizo del mismo modo.

Mientras se va vaciando la sala, sufro un bajón de adrenalina que me deja agotado y desanimado. Algo que nunca te dicen de este cargo es lo mucho que se parece a la primera vez que te montas en una montaña rusa: subidas emocionantes, bajadas hasta el subsuelo...

Luego me quedo solo, contemplando el retrato del Rough Rider colgado sobre la chimenea y oyendo los pasos de Carolyn, Danny y Jenny, que se acercan con cautela al animal herido y enjaulado.

—Me ha encantado lo de «la menos mierdosa de todas» —dice Danny sin inmutarse.

Rachel siempre me decía que digo demasiados tacos, que su uso denota falta de creatividad. No lo tengo tan claro. Cuando la cosa se pone fea de verdad, puedo ser muy creativo con mis palabrotas.

De todas formas, Carolyn y mis otros colaboradores cercanos saben que este simulacro de vista oral me está sirviendo de terapia. Confían en que, si no consiguen disuadirme de que testifique, con esto al menos me desharé de la frustración, en su manifestación más pintoresca, y podré centrarme en ofrecer respuestas más presidenciales y menos obscenas cuando empiece el espectáculo.

—Sería una imbecilidad que testificara la semana que viene —dice Jenny con la sutileza que la caracteriza.

Hago una seña con la cabeza a Jenny y a Danny.

—Necesito a Carrie —digo, porque es la única de los presentes con la habilitación de seguridad necesaria para hablar conmigo en estos momentos.

Se marchan los dos.

—¿Alguna novedad? —le pregunto a Carolyn cuando ya estamos solos.

Ella niega con la cabeza.

—Nada.

—¿Sigue previsto para mañana?

—Que yo sepa, sí, señor presidente. Tienen razón, ¿sabe? —dice, señalando con la cabeza hacia la puerta por la que acaban de salir Jenny y Danny—. Esa vista oral del lunes será un desastre sí o sí.

—No vamos a seguir hablando del tema, Carrie. He accedido a hacer el simulacro. Os he concedido una hora. Se acabó. Ahora mismo tenemos cosas más importantes en que pensar, ¿no?

—Sí, señor. El equipo está listo para la reunión informativa, señor.

—Quiero hablar con los de Amenazas Inminentes, con Burke y con el subsecretario. En ese orden.

—Sí, señor.

—Los espero allí.

Carolyn se marcha. Solo en la sala, contemplo el retrato del primer presidente Roosevelt y pienso. Pero no pienso en la vista del lunes.

Pienso en si aún tendremos país el lunes.